



Moshe Dayan se prepara para ser "el salvador".

EL ULTIMATUM SOVIETICO

cias asiáticas, se niega a sufrir una «nueva Camboya» en el Oriente Medio. Necesita, pues, convencer a Israel para que acepte los compromisos, y cuanto antes, mejor. Hay un modo de presionar eficazmente: Washington podría, por ejemplo, pedir al Irán que suspendiese sus envíos de petróleo a Israel («Tendríamos para tres semanas», se dice en Tel-Aviv), o bien gravar con impuestos los fondos enviados por la Diáspora americana («Entonces sólo tendríamos para tres meses»).

Pero, ¿llegaría Nixon a tales extremos, incluso para evitarle a Israel una intervención soviética? Esta es una pregunta que se hace el Departamento de Estado. Lo único que ha habido hasta ahora ha sido una contrapropuesta americana (anunciada desde Beirut hace dos jueves), según la cual, árabes e israelíes deberían retroceder, cada uno por su lado, 20 kilómetros aproximadamente, para dejar en las fronteras una especie de tierra de nadie controlada por los «casos azules». Proyecto que puede muy bien dorar la píldora, pero que no es fácil que sea aceptado por Golda Meir: una retirada de los egipcios, sirios, jordanos o libaneses no puede equivaler a una retirada israelí (aunque limitada) en el Sinaí, en Cisjordania o en el Golan. Más les conviene aceptar, sencillamente, el principio de retirada como sugerían los soviéticos. De ese modo podrían obtener beneficios inmediatos...

Se comprende que los americanos, abrumados por el problema del Sudeste asiático, así como por la situación interna del país, deseen, en el fondo, aceptar las nuevas propuestas soviéticas. Por vez primera, y gracias a la amenaza de Moscú, los dos grandes parecen de acuerdo en una cosa: hay que solucionar el conflicto cuanto antes.

Dayan: el salvador

Pero quedan dos obstáculos: los palestinos e Israel. Los palestinos, a los que en el mejor de los casos se les ofrecerá una indemnización o una devolución muy parcial (que sólo beneficiaría a un 5 ó 10 por 100), saben

que americanos y soviéticos no tendrán ningún reparo en aplastarlos llegado el caso. Lo más probable es que, si las dos grandes potencias llegasen a un acuerdo y aunque este acuerdo contase con la aprobación de Nasser, los palestinos se dividiesen en dos campos:

1. Los «moderados», como Arafat, que respetarían el acuerdo firmado por los países árabes y que tratarían de combatir solos a Israel, o bien intentarían constituir un Estado palestino en la Cisjordania liberada, e incluso en la Jordania conquistada.

2. Los «extremistas», que, como Habbache, se rebelarían y tratarían de minar los regímenes de Amman, de Damasco y de Beirut. Con ello conseguirían provocar un cierto caos, pero también correrían el riesgo de resultar aplastados por los ejércitos árabes, decididos esta vez a ir hasta el final. Subsistiría entonces un profundo malestar, lo cual es grave a largo plazo, pero no de forma inmediata.

Más difícil todavía se presentaría la situación para Israel. Golda Meir acaba de repetir que el programa político que la llevó a la cabeza del gobierno excluía cualquier idea de retirada. Si, debido a las presiones de Norteamérica, Israel se ve obligada a ceder, Golda Meir tendría, lógicamente, que dimitir y organizar nuevas elecciones. ¿Qué saldría de estas elecciones? ¿Cómo reaccionarían los israelíes enfrentados, bruscamente, con semejante dilema? Quizá hubiese una especie de estallido de los partidos tradicionales, una profunda conmoción como la hubo en Francia cuando los acontecimientos de Argelia. ¿Surgiría en esta guerra un De Gaulle, un salvador, que podría ser (se está preparando para ello) el general Moshe Dayan?

Las advertencias lanzadas, en previsión de un «cálido verano», no habrán sido en vano. Porque, al parecer, las cosas van a ir muy rápidas en adelante. ¿Qué significan los rusos por «después de cierto tiempo»? Hay quien dice que dos o tres meses como máximo. Antes del otoño tendremos, pues, o la paz americano-soviética o la guerra. ■ J. A.

LA INMUNIDAD VULNERADA

Desde hace muchos siglos, la diplomacia es la tarea equívoca por excelencia. En los momentos difíciles, cuando el grupo de asediados combatientes estaba al borde de la derrota o de la muerte, la diplomacia mostraba, sin máscaras, su verdadera raíz. Tras la bandera blanca, respetada por el acero o por la pólvora, el diplomático cruzaba el campo de batalla portador del mensaje destinado a sustituir, por unos momentos, el combate violento por el combate intelectual, la destrucción por la evaluación de intereses y posibilidades. La diplomacia no andaba distanciada en absoluto de los duros dilemas que afectaban a asaltantes y asaltados, pero su lenguaje era distinto, su forma de manifestarse mucho más razonable.

De siempre, la alta diplomacia, la que interviene en los asuntos fundamentales, ha tenido ese doble carácter. De un lado, la actitud civilizada de las mesas redondas, de las carpetas, los documentos y los intérpretes, y, del otro, en sordina, la realidad escondida, y a veces macabra, tras el ceremonial de Conversaciones y Tratados. Sin embargo, pese a esta duplicidad sustancial, los hombres le han hecho, por obvias razones utilitarias, a la diplomacia una máscara única. Y ha quedado públicamente consagrada como el lenguaje de la razón —¿no fue una sorpresa para muchos ver entre los acusados y condenados de Nuremberg al primer diplomático del nazismo?— frente a la violencia, como el ámbito en el que aún es posible resolver amistosamente los conflictos y diferencias. Si, por ejemplo, los diplomáticos hablan de bases militares, la mayor parte de las gentes tiene la impresión de que todo se reduce a una discusión teórica, a un ajuste de principios e intereses, pero es materialmente imposible que comprendan el alcance real, los riesgos precisos, de tales bases militares. Si algún día hay que utilizarlas activamente y son el origen de algún desastre, para entonces la diplomacia estará moviéndose en otros terrenos, buscando nuevas mesas redondas o nuevas treguas en las que hablar civilizadamente, quizá de otras bases militares.

Todo ello ha hecho que el rapto —y, en un caso, asesinato— de embajadores en los países latinoamericanos haya sido un duro golpe. La tradicional inmunidad diplomática, la imaginaria largamente cultivada para disociar la civilizada diplomacia de la violencia bélica o política se ven en entredicho. ¿Por qué se rapta a diplomáticos extranjeros? ¿Qué culpa tiene Alemania Federal de la actual distribución de la propiedad en Guatemala y Brasil? ¿Y cómo es posible que se haya llegado a asesinar a uno de los diplomáticos? Protestan los Gobiernos representados por estos diplomáticos. Realizan las presiones necesarias para que los raptos sean complacidos y los diplomáticos devueltos. Se exige un aumento de la protección diplomática, visto el olvido de la tradicional inmunidad diplomática.

Si, además, los raptos se limitaran a pedir dinero, se les podría tratar como bandidos. Al fin y al cabo, sin tener que meterse en las siempre dudosas «leyes especiales», se trata de un delito tipificado en todos los Códigos Penales del mundo. El problema se resolvería dentro de los cauces judiciales, sin salirse de la patética pero, según dicen, políticamente aséptica página de sucesos.

Pero he aquí que estos raptos solicitan, a cambio de su presa, que se lean mensajes revolucionarios en las emisoras de televisión y que sean liberados determinados presos políticos. Lo primero, a decir verdad, no debiera de ser muy grave, porque queda el resto de las veinticuatro horas para decir lo contrario. Lo segundo, justo es comprenderlo, es más delicado. Porque, a menudo, estos presos han sido torturados y son devueltos con heridas o huellas del suplicio; otras veces, los presos solicitados han sido asesinados. Ya no existen. Y, claro, no hay forma de devolverlos, de sacarlos de ese pozo donde han muerto, la policía sabe cómo, en medio del silencio. Si es así, como ya ha sucedido en una ocasión, el diplomático inocente puede morir a su vez.

¿Duros tiempos para la diplomacia si esto se generaliza! A los altos presupuestos suntuarios exigidos por el prestigio nacional, habrá que agregar, de momento, los problemas de la protección de la seguridad personal. Para el caso de que esto no baste y el diplomático sea raptado, los pobres Gobiernos se verán cogidos entre las presiones internacionales y la posibilidad de que el rescate comprenda enemigos políticos torturados o, lo que es más vergonzoso, asesinados. ¿Qué hacer para evitarlo? ¿Será una buena respuesta el aumentar los «gorilas» de los diplomáticos? ¿Bastará la «condena moral» y, cuando fuera posible, el castigo de los raptos? ¿Conseguirá la gloria de un Campeonato Mundial de Fútbol enterrar definitivamente los angustiados rostros de cuarenta presos políticos torturados? ■ J. M.